

España en las elecciones del cambio europeo

ANTXON SARASQUETA

EN medio de los grandes cambios que están viviendo Europa y las relaciones internacionales, las elecciones europeas celebradas este año adquirirán un relieve más destacado por el cariz constituyente que adopta el Parlamento de Estrasburgo ante el nuevo Mercado Único, que entrará en vigor el 1 de enero de 1993. La propia institución parlamentaria, según el Acta Única, adquiere un mayor protagonismo como órgano de control y consulta. A estos cambios decisivos, en España se añaden los que provienen de un proceso de adaptación a las estructuras y normas comunitarias, tras su ingreso como miembro de pleno derecho de la CE en 1986.

Sin embargo, no basta con señalar los cambios comunitarios, que se verán influidos por el proceso de ruptura del bloque comunista del Este y la apertura de las relaciones intereuropeas, incluida la cuestión capital de la reunificación alemana. Es el caso de la petición hecha por Austria para ingresar en la CE, a pesar de su condición de país neutral, o la aspiración de los países en vías de democratización, como Polonia y Hungría, que tienen similares tendencias.

Ante estos nuevos escenarios, complejos y cambiantes, con lo que esto significa en una era dominada por las comunicaciones en tiempo real, el ciudadano está expuesto a la manipulación política y a la distorsión de la realidad con fines partidistas. De tal manera, que parece necesario recuperar el sentido real de lo europeo, como elemento plural y evolutivo, frente a la imagen política y tecnocrática de la Europa hegemónica y, al mismo tiempo, reduccionista. Por eso en los últimos tiempos se han puesto en evidencia los temores hacia la construcción de una Europa política según el modelo de las fuerzas políticas dominantes —especialmente socialdemócrata y democristiana— pero que no refleja una realidad social e institucional que se mueve por otras intensidades. Algo que afecta al propio desarrollo democrático, pues éste está basado en el protagonismo y la participación de los pueblos y sus ciudadanos.

Una de las características más sobresalientes del debate político de nuestro tiempo es atribuir a *lo europeo* una dimensión superior, como si los aspectos cotidianos y locales no tuvieran esa condición, a pesar de ser, más que nada, la realidad europea.

En las elecciones europeas de junio (1989) una de las críticas más comunes de los medios de comunicación en todos los países se cen-

tro en el hecho de que las campañas estuvieran dominadas por aspectos locales y nacionales. ¿Es que éstos no son problemas europeos?

En el caso español, quizás por la inexperiencia o el complejo de inferioridad que se advierte sobre los asuntos europeos, totalmente injustificado, las críticas fueron todavía mucho más duras. Como si las cuestiones fiscales, de televisión, o los abusos de poder, no fueran temas que formasen parte del nervio de nuestra Europa. Incluso muchos de los candidatos tratan de disculparse, alegando que abordan cuestiones de política interior «porque las cuestiones europeas no despiertan el interés de los electores».

Tal deformación o malentendido, que se ha extendido de forma generalizada, es producto de una visión hegemónica y totalizadora de *lo europeo*. De tal manera, que sólo adquiere condición de europeo aquello que se refiere a la Comunidad Europea como política o ente supranacional. Visión que no sólo desvirtúa la historia y la realidad europea, sino que elimina el germen del propio ser europeo, que vive en la pluralidad y que participa desde sus raíces, a través de la cooperación o la confrontación de los pueblos y sus problemas.

Este gran contraste entre la realidad del *ser europeo* y *Impolítica europeas*^A puso de relieve en el desarrollo electoral de los comicios de junio, donde se produjo una abstención del 41,4 % del electorado. En España la abstención alcanzó el 45,2 %. En todos los casos, la participación es inferior a la que suele producirse en las elecciones nacionales, lo que permite interpretar la existencia de un menor interés de la población en la política europea, entendida en una dimensión que la aleja del ciudadano. ¿Qué ocurre? ¿Se es europeo cuando se paga el IVA y no cuando se defienden los intereses de la industria láctea local? ¿Se hace política europea cuando se defiende un Banco Central Europeo y no cuando se exige la defensa de unos intereses nacionales o locales? ¿El parlamento nacional y el primer ministro reciben la confianza de la mayoría para defender sus intereses o para someterlos a otros?

Tanto el Tratado de Roma como el Acta Única, representan lo que significa el término utilizado de Comunidad Europea. Una comunidad de naciones y Estados que cooperan, y que a través de la historia han ampliado su cooperación que inicialmente era económica, comercial, y más reducida. Pero nada de esto desvirtúa la realidad europea, que, como la orografía de este continente, sigue siendo multiforme e intensa en la gravedad de sus contrastes. Al hilo de la historia, Edgar Morin ha señalado: «Todo aquello que forma la Europa moderna la divide y todo aquello que la divide la forma. Ésta nace, se desarrolla y afirma en la guerra consigo misma. El caos genésico es ininterrumpido: se ha convertido en una anarquía euroor-ganizada permanente» (*Pensar en Europa*).

Sin embargo, al ciudadano se le está vendiendo una idea de Europa que corresponde a un superestado burocratizado y centralizado en Bruselas. Que tanto en la letra como en el espíritu va incluso más lejos que el compromiso suscrito por los doce Estados miembros en el Acta Única de 1992. Ni Europa ni lo europeo puede simplificarse con un concepto reduccionista, ni con una política tecnocrática. Con esta visión se desvirtúa además el propio concepto de democracia,

un sistema que se desarrolla con la participación de los ciudadanos. Aquí es donde se encuentra la clave del futuro europeo, en la propia esencia del concepto democrático. ¿Queremos una Europa abierta al pluralismo, liberal, y con alto protagonismo de la sociedad y el mercado? o ¿queremos una Europa centralizada, planificada e intervencionista según los postulados socialdemócratas? ¿Existe una tercera vía?

Hasta ahora, la mayor parte de los ciudadanos viven de espaldas al proceso de unidad europea. De los 240 millones de votantes, 100 millones no fueron a las urnas en las elecciones al Parlamento Europeo.

La Comunidad Europea se ha convertido en un mundo complejo, tecnificado, burocrático y lejano para el ciudadano. Probablemente, necesario para hacerla funcionar, pero con escaso atractivo para los ciudadanos. Éste, insisto, debe ser el primer motivo de reflexión para quienes creen en la democracia liberal: no se puede defender y mejorar la democracia sin una participación activa de los ciudadanos. Construir la unidad europea desde arriba es contrario a los principios democráticos de representación y participación plural. La democracia, hoy más que nunca, se asienta en la opinión pública. Muchos gobiernos están adoptando decisiones que afectan al interés nacional y de sus ciudadanos, sin el más mínimo debate o consulta. Tomemos como ejemplo la entrada de España en el Sistema Monetario Europeo, medida adoptada días después de las elecciones de junio, de la que los parlamentarios españoles se enteraron cuando ya había sido consumada y se hizo pública.

Cuando en la Cumbre de Madrid de ese mismo mes, la primera ministra, Margaret Thatcher, respondió a una pregunta periodística: que ella tenía que enfrentarse todos los jueves al Parlamento, mientras que el presidente Felipe González sólo lo hacía tres veces al año, estaba describiendo dos modelos políticos de funcionamiento democrático, el británico y el español. Ambos países están basados en el sistema democrático de la *Monarquía parlamentaria*, pero funcionan de manera muy distinta. Por subrayar dos casos significativos, baste recordar que en el Parlamento español no se constituyen comisiones de investigación —un derecho de las minorías— por decisión del gobierno. Algo de lo que un ministro —el de economía— se jactó en la tribuna de la propia Cámara. Otro elemento de contraste es el de la televisión pública, que en España funciona en el día a día según las instrucciones directas del gobierno, algo impensable en Gran Bretaña, donde la propia Thatcher ha tenido graves enfrentamientos cuando ha querido presionar a la BBC.

Cierto que la democracia es un sistema imperfecto, pero hay modelos que funcionan con más imperfecciones que otros.

La Europa de los ciudadanos no es una sociedad de personas inertes, sino una sociedad plural, activa, con intereses e ideas diferentes y enfrentados. Una sociedad moderna de consumidores, electores y productores. Esta sociedad, a través del turismo, los negocios, la cultura, la ciencia y la comunicación, ha avanzado más hacia un *espacio común* que las directivas comunitarias.

No existe —falso una vez más— la Europa de los mercaderes, como se ha acuñado con intenciones políticas descalificadoras. Hay una Europa rica en intereses plurales, impulsada por la dinámica de

las clases medias. El pasado mes de julio el diario *The Wall Street Journal* insertaba el siguiente anuncio de la casa Kleinweiss de Hamburgo:

«El cielo es donde la política es británica, la comida francesa, los amantes italianos y todo está organizado por los alemanes.

El infierno es donde la policía es francesa, la comida británica, los amantes alemanes y todo está organizado por los italianos.

Todo esto no es una broma. Como europeos y consumidores, nos gusta este tipo de popurrí».

La citada compañía de publicidad advertía contra los riesgos en las tendencias de las corporaciones gigantes a la burocratización y estandarización.

La Europa moderna está construida sobre lo que Fernand Brau-del denominó el «torbellino europeo». Esto es cada vez más realidad con el desarrollo de una sociedad abierta que pone el acento en la libertad individual frente al control del Estado. Y sin embargo, la tendencia al superestado europeo se mantiene arrastrada por las principales fuerzas políticas.

En España, la mayoría socialista que aspira a una Europa de hegemonía socialdemócrata, repitió triunfo en las elecciones europeas (27 escaños, 39,56 %) y tiene un peso considerable en el Parlamento de Estrasburgo, habiendo accedido uno de sus hombres, Enrique Barón, a la presidencia de dicho organismo. En la segunda fuerza política, el Partido Popular (15 escaños, 21,42 %), las diferencias internas son más acusadas entre las corrientes democristiana y liberal. Esto se deja notar en el juego de influencias parlamentarias en uno u otro sentido.

La mayoría del PSOE coincide con el crecimiento global del socialismo en las elecciones europeas, que obtuvo 181 escaños de un total de 518.

A falta de una doctrina estratégica nacional, que por su propia esencia requiere un consenso interno, las fuerzas políticas españolas y el gobierno no actúan sobre el trazado de un proyecto. Lo hacen arrastrados por las dinámicas creadas en otros centros de poder europeos. No se ha debatido sobre la Europa que quieren o les interesa más a los españoles. No existen proyectos al respecto, aunque sean divergentes en función de ideologías y partidos. Tampoco puede hablarse de un diseño que apunte, con alguna coherencia interna, el horizonte de una política europea de los españoles, globalmente entendida. Tales creencias, y los desequilibrios españoles sobre una realidad europea más sólida y desarrollada, son causa fundamental de un clima que tiende a la confusión y la incertidumbre. Sólo que es evidente que del futuro europeo depende el de los propios españoles.

La distorsión del debate, y la falta de un proyecto común para Europa, pueden tener graves consecuencias para los intereses del Sur, donde España y Portugal aparecen como los más débiles. Porque si algo reflejan los actuales cambios europeos, es el desplazamiento de la fuerza dominante hacia el Norte, especialmente por el tirón alemán en su objetivo de reunificación nacional y la apertura a los mercados del Este.